

# El "Affaire" Vandeput y la Conciencia Cristianá

Marcel Marcotte, S. J.

El último suspiro de un recién nacido jamás ha hecho tanto ruido en el mundo entero. Y el que ha exhalado en su cunita nueva la pequeña Corina Vandeput, no hubiera resonado en nuestros oídos si la opinión pública, azotada, orquestada, condicionada por la Prensa escrita y hablada, no la hubiera transformado en clamor dramático. "Se oye una voz en Rama, quejas y gemidos sin fin: es Raquel que llora a sus hijos..." Pero Raquel, esta vez, había matado a su hija con sus propias manos y todo Rama era el que lloraba...!

El proceso de Lieja no ha sido simplemente el de una madre afligida cuyo amor desviado no permite que su hijita, nacida deforme, pueda sobrevivir; ni siquiera el de el pequeño clan familiar, ni el del médico, que intervinieron en este asesinato. No, el proceso de Lieja ha sido, continúa siéndolo, el de nuestra civilización occidental, horriblemente despedazada entre su apego tradicional a los principios e ideales del cristianismo, y la tentación siempre al acecho de enlazar con el viejo paganismo, del que lleva en un retroceso de sus instintos la insondable nostalgia.

¡Qué poca cosa basta para que se despierten los monstruos que llevamos dormidos en nuestro interior! Conservamos la cabeza cristiana, pero nuestros instintos, nuestras emociones, nuestro corazón, necesitan ser evangelizados constantemente.

A los que dudan de ello les habrá bastado recorrer en los diarios y revistas de ultramar los informes, los reportajes, los comentarios, increíblemente apasionados y vulgares, del "affaire" y del proceso que entonces se publicaron; haber echado una mirada a ese pretorio en el que una multitud partidista vibraba a cada testimonio como electrizada; haber escuchado la indescriptible ovación que prodigó la sala a la liberación de los acusados y se extendió por toda la ciudad, por todos los países, por la Europa entera, haberse imaginado la loca "soirée" en la que, en una atmósfera de fiesta foránea, los cinco cómplices de un infanticidio confesado se transforman, desde el momento de su liberación, en héroes y santos de todo un pueblo de gentes bautizadas. Una verdadera "kermesse de la vergüenza", escribe un periodista, descorazonado por la suprema impudicia del espectáculo. La multitud, asistía a él como a una "misa", y sin vergüenza ni reticencias, desahogaba su fe, su piedad, su amor.

En esta liturgia macabra, el máximo oficiante fue un Jurado compuesto de 12 hom-

bres, entre los cuales había, según se dice, algunos católicos convencidos y hasta militantes. A la pregunta ritual del Presidente del Tribunal: ¿"Está probado que en Lieja, el 29 de Mayo de 1962, un homicidio voluntario, con intención de dar la muerte, ha sido cometido en la persona de Corina Vandeput?", dieron por unanimidad, esta respuesta sorprendente: "No". Este "No" quería significar de suyo y objetivamente (si no en la intención de los que lo emitieron, al menos en sus conciencias y en sus almas) no que los acusados se beneficiaron de algunas circunstancias atenuantes (esto todo el mundo lo hubiera admitido), sino que el crimen de infanticidio, en el caso de la niñita focomela no existía. El Jurado quiso borrarlo todo, hacer tabla rasa, subrayar su desaprobación total en contra de la acusación fulminada contra los cómplices de Lieja, y con ellos, una gran parte de la opinión pública y de la Prensa, arrependida demasiado tarde de este hecho.

Estas gentes estaban dichosas y lloraban de agradecimiento porque se les acababa de conceder oficialmente un derecho: el de rehusar la vida a un niño deforme, el de matar a un niño, que tiene un alma quizás, pero que no tiene brazos. (1)

En este momento se abre un abismo bajo nuestros pies. Porque si se puede suprimir sin crimen un bebé focomelo, ¿por qué no suprimir del mismo modo a los nacidos ciegos, a los paralíticos, a los incorregibles? Y si el derecho a vivir se funda en la salud, en la integridad, en la belleza, ¿dónde podrá detenerse este derecho a matar?

¿No se abre así la puerta a la arbitrariedad y, pasando de los infantes a los adultos, no se llegará gradualmente por razones de economía, de eficacia, o de eugenismo, a eliminar a los incurables, a los dementes, a los ancianos, a todos aquellos que estorban en redór el placer de vivir y que retrasan, en apariencia, la marcha hacia adelante de la humanidad?

El mundo se estremeció de horror cuando se enteró, concluida la guerra, de la amplitud y crueldad de las matanzas nazis. ¿Cómo era posible que hombres modelados en sus corazones y espíritus por siglos de Evangelio hubieran llegado a este extremo? ¿No habían leído en San Juan: "lo que hicieréis al último de mis hermanos, a MI lo hicisteis?", y en San Pablo: "Ya no hay más Judío ni

1) Morvan Lebesque, en "France-Observateur", del 15 de Nov. de 1962.

Griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino Cristo en todo y en todos?”.

Porque el veredicto de Lieja, en el fondo es la contrapartida y la revancha del juicio de Nuremberg, es la rehabilitación póstuma de horribles criminales que llevaron al matadero a millones de seres humanos bajo pretexto de que, por no pertenecer a la raza elegida, no eran dignos de vivir. Los fantasmas de sus verdugos han debido volver a atormentar la conciencia de sus víctimas, su alma ha transmigrado a la de sus jueces. En el fondo de su tumba, todavía reciente, el rostro cadavérico de Eichman ha debido sonreír irónicamente.

Se pretende hallar un abismo que separe los horrores de la exterminación racista y el caso de la especie planteada por seres que aparecen desde su nacimiento como **totalmente irrecuperables**. ¿Un abismo? Yo desearía mucho que se me mostrara.

¿Es que son tan raros estos casos de especies? ¿Es que se ignora el hecho de que cada año nacen en nuestro planeta millones de niños física o mentalmente deficientes y que, en el mundo de los adultos, los tarados son también incontables? ¿Cuándo, pues, valdrá la vida la pena de vivirse? ¿Quién es el que habrá de decidirlo y conforme a qué criterio? ¿Dónde poner la frontera entre lo que justifica la “gracia de muerte” y lo que no la justifica?

No hay más que un solo medio de prevenir estas hecatombes —las que se perpetran ocultamente, más aún que las que pudieran llevarse a cabo legalmente, a la luz del día— y este medio es el proclamar la inviolabilidad absoluta, incondicional, de toda vida inocente. “No matarás!”. Este precepto es de derecho natural, se halla escrito en nuestro mismo instinto, aprobado por nuestra razón, incluido en nuestras leyes, en todas partes donde el hombre no se ha asimilado a un instrumento, a un robot, a una bestia de carga o de laboratorio. No es necesario invocar la tradición judío-cristiana para admitir lo bien fundado que se halla este precepto, ni siquiera para ponerlo en vigor.

Pero la historia de la humanidad, en ésta como en otras ocasiones, prueba que el espíritu humano abandonado a sí mismo no es siempre fiel a sus propias exigencias, que no va siempre hasta el término de su impulso. Los sardos mataban a golpes de maza a sus padres ancianos; los habitantes de la Polinesia, por motivos de economía preferían comerse los espartanos arrojaban a los fetos y a los débiles desde lo alto del Taijetes; los indúes ahogaban en las aguas del Ganges a los incurables y a los leprosos. Omitamos otros ejemplos, porque, en el pináculo de la mentalidad antigua, el mismo divino Platón no hubiera hallado nada que objetar a estas costumbres bárbaras. Prueba de ello es el discurso que puso un día en la boca de Sócrates:

“En todo Estado bien gobernado, cada ciudadano tiene un deber que cumplir; no puede permitirse a nadie el que pase su vida en enfermedades y en tratamientos.

Establecerás en el Estado, oh Glaucón, una legislación y una jurisprudencia tales como yo las llevo en mi espíritu, de modo que sirvan a las necesidades de los ciudadanos bien conformados, tanto en lo físico como en lo moral. En cuanto a los que no tienen buena salud, se permitirá que mueran”.

Se puede medir con este texto la distancia que separa a la mayor sabiduría pagana de la sabiduría cristiana más humilde. Desde que Cristo, con los brazos abiertos, lanzó su llamado: “Venid a MÍ, todos los afligidos, los sobrecargados, los que penáis y Yo os aliviaré”, la conciencia occidental ha recorrido un largo camino, pero sería inocente creer que este camino no es reversible, que no somos capaces de retroceder.

Es irreversible en cuanto a los principios y al razonamiento abstracto. Continúan siéndolo aún, pero ¿por cuánto tiempo? En una época como la nuestra en que los problemas más graves se abordan ordinariamente desde un punto de vista sentimental y pasional, la fría razón ha perdido mucho de su impacto sobre las multitudes y el legislador que interpreta en una democracia la voluntad popular está expuesto a dejarse arrastrar más tarde o más temprano por las reacciones viscerales de la mayoría.

Seguramente, el veredicto de Lieja no hará jurisprudencia ni en Bélgica ni en ninguna otra parte. Pero su estridencia suena a señal de alarma, que sería imprudente despreciar y que contiene una lección que no debemos relegar al olvido. Esta lección se podría resumir en la siguiente forma: para respetar en toda su dignidad a la persona humana, en su mismo ser y en cada uno de sus estados, es preciso considerarla a la luz del Evangelio, que es el único que da su pleno sentido a la vida del hombre, a su destino, a sus sufrimientos.

Es cierto que el respeto al hombre no es algo exclusivo de los creyentes y, en el caso del “affaire Vandepuut”, la línea que separaba los criterios no acertó siempre a separar a los que creían en Dios de los que no creían en Él. No es menos cierto que el Cristianismo añade a la existencia humana, por encima de las apariencias y de las limitaciones de su enraizamiento carnal, una dimensión de eternidad que la ennoblece y la transfigura. Creado por Dios a su imagen, redimido por la muerte de su Hijo, llamado a participar de su vida y de su herencia, todo hombre, cualquiera que sea, es un reflejo de la gloria del Padre.

La Iglesia ha recogido de los labios de Cristo las palabras —y continúa recibiendo las inspiraciones del Espíritu de Dios— que deben dirigir en esta materia el pensamiento y la acción de los cristianos. A sus ojos, toda vida es sagrada, hasta aquella que reposa en el seno materno, o que lo abandona prematuramente. Como una madre, la Iglesia ama a cada ser humano desde la aurora de su existencia y se inclina solícita sobre su fragilidad. En cuanto es concebido, le considera como una persona humana, con plenitud de derechos y cuando más tarde entra en el mundo lanzando un

quejido, la Iglesia le recibe calurosamente y sin reticencias, sea bello o feo, negro o blanco, débil o robusto. Como para ella lo esencial es el alma que el Señor ha creado para un destino eterno, todo recién nacido se ve rodeado de la misma ternura, beneficiado con el mismo respeto, aunque para la mirada profana aparezca como "un trozo de carne deforme y dolorosa".

La Iglesia va más lejos aún y nos enseña que la vida humana tiene siempre una finalidad, que su fecundidad real no puede medirse por una eficacia aparente y que es posible sacar alguna felicidad de la misma desgracia. Es cierto que al nivel de nuestra carne y de nuestros intereses terrenos, el sufrimiento, la enfermedad, la debilidad, se consideran como absurdos, porque a este nivel contrarían a nuestros deseos de expansión y nos destruyen.

Esta es la razón por la que todos tenemos el derecho y a menudo el deber de combatir el mal en nosotros y fuera de nosotros, como el mismo Señor lo hizo muchas veces a favor de los pobres con quienes tropezó en sus caminos durante su vida mortal. Pero esta lucha debe llevarse sin impaciencia y sin rebelión, porque, para responder al llamado que resuena en su vida, más tarde o más temprano el cristiano debe llevar sobre sus hombros la cruz de la que Dios hizo el instrumento de nuestra Redención: "Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, y tome cada día su cruz..." En el camino doloroso de nuestro destino vamos siguiendo las huellas de Cristo, que ha ido delante de nosotros y que nos garantiza que nos hallamos en el buen camino cuando avanzamos detrás de El por esa ruta estrecha que nos marca nuestro Vía Crucis, a cuyo extremo se halla la noche del Calvario y del Sepulcro, pero también la mañana gloriosa de Pascua.

Es cierto, hay que reconocerlo, que el elevarse hasta estas cumbres de la fe y la esperanza y el amor no es cosa fácil; que el aguantar en ellas el sufrimiento no es labor de un día sino de todos los días. Más difícil es aún para aquellos que, sin poderlos ayudar, ven sufrir a sus seres queridos, entre los cuales los niños que son objeto de las predilecciones divinas. El espectáculo del sufrimiento ajeno es más conmovedor, más corrosivo que el mismo sufrir; hasta las diosas se cansan y las 3.000 Oceánicas, que llegaron a consolar a Prometeo en su cruz del Cáucaso, se volvieron aquella misma tarde. Es conocida la escena de esas interminables veladas en las que alternan la esperanza con la desesperación hasta que, finalmente, triunfa ésta cuando la medicina ha dicho su última palabra. Si esta situación se prolonga durante años enteros, durante toda una vida, con la obsesión constante día tras día, con la misma angustia que nos despierta sobresaltados cada noche, con el mismo peso que oprime el corazón, se llega a veces hasta la rebelión y se duda hasta de si uno cree todavía o ya no tiene fe.

Se puede pensar que la desorientación de la opinión pública, incluso católica, acerca del "affaire de Lieja", se debe en gran parte a esas depresiones que cada uno de nosotros experimentamos a veces, debilidades del corazón que se convierten para los creyentes en debilidades de la misma fe. ¿Cómo condenar en los demás la realidad de un acto o de un sentimiento que nosotros mismos experimentamos bajo el peso de la tentación?

"No juzgueis y no sereis juzgados". Cuando Susana Vandeput exclama: "Mi hija no hubiera sido feliz jamás... Si yo no hubiera hecho lo que hice, ella me lo habría reprochado toda su vida", se suscitan complicidades secretas en la multitud. La campaña de opinión se hizo a base de una idea cristiana, la idea del amor y de la piedad, pero falsificada, prevertida, llevada a la locura. En su torno cristalizaron las pasiones populares. Jamás, se ha llegado a decir, hubo crimen alguno que mejor intentara paliar su origen en el amor. Porque el amor, como se sabe, quiere la felicidad del ser amado y para Corina Vandeput, la felicidad era imposible.

Para conseguirlo era preciso definir y situar la felicidad en una escala de valores que no tuviera nada de común con la que el Evangelio inculca: "De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?". "Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia; lo demás se os dará por añadidura". Sobre lo cual Pascal añade: "La distancia infinita entre el cuerpo y el espíritu marca la distancia infinitamente más infinita que existe entre el espíritu y la caridad, porque ésta es sobrenatural". Este es el orden cristiano.

En esta óptica, la felicidad, que coincide con el desenvolvimiento del hombre según todas sus dimensiones, no alcanza fatalmente a los contornos de su ser carnal. Hay en el hombre algo que desborda a su mismo cuerpo: el espíritu, y algo que sobrepasa a su espíritu: la gracia. Mientras no se lo comprenda ni experimente, se está en la ilusión. Y Dios, precisamente nos ama demasiado como para dejarnos en la ilusión. No quiere que aquellos que El ha creado para una dicha de altos vuelos se satisfagan con una felicidad al ras del suelo.

He aquí la razón por la que en el plan providencial, el sufrimiento está destinado a jugar un papel tan importante e irremplazable en nuestras vidas. Nos educa, nos forma, nos hace por fuerza permeables a la gracia; el sufrimiento nos despoja de nuestro confort físico o moral, nos arranca a la seducción de los espejismos, nos lanza de nuevo al camino de la Tierra Prometida.

He aquí por qué Dios ha escogido mártires entre esa caravana humana en marcha hacia el Reino, testigos privilegiados de esta su terrible exigencia. ¿Por qué unos aceptan sumisamente en sus corazones este cometido, mientras que otros se contentan con sufrirlo? — ¡Misterio profundo! — Debemos creerlo "Dios es avaro, y no permite que sea alumbrada criatura alguna sin que se consuma un poco de impureza, sea la suya, sea la de los otros".